

De G. Mollien

CARTAGENA EN TIEMPO DE LA INDEPENDENCIA

Por fin, el día 17 se avistó el Cerro de la Popa; al pie de esa eminencia se alza Cartagena. En seguida se hicieron señales para que se nos enviara un práctico, pero el día se extinguió sin que nadie viniera a bordo; no hubo más remedio que fondear: estábamos frente a Punta Canoa. Al día siguiente levamos anclas muy temprano y nos dirigimos hacia el puerto; pronto dejamos atrás a Boca Grande, canal que los españoles cegaron, hundiendo barcos viejos, para defender mejor las proximidades de Cartagena. Poco después enfilábamos al paso de Bocachica, flanqueado por dos fuertes bastantes poderosos. Un oficial, despachado por el comandante de uno de los fuertes, subió a bordo, se largaron todas las velas y a las cinco de la tarde entramos en el soberbio puerto de Cartagena.

No tardó mucho el buque en hacerse de nuevo a la mar, y tuve el sentimiento de separarme de las personas cuya amable compañía había mitigado el fastidio de la travesía. La esperanza de adentrarme cuanto antes por la cordillera, al reavivar mis aficiones por los viajes por tierra, me determinó a no continuar el viaje por mar; me quedé, pues, en Cartagena.

Al llegar a esta ciudad tuve que precaverme de todas esas prevenciones favorables que siempre se experimentan al desembarcar; todo lo encuentra uno hermoso, la vegetación más insignificante le parece a uno un parterre, una casucha se le antoja a uno un palacio; cualquier lugar parece paraíso. La impresión que me produjo Cartagena fue muy distinta, y la comparación que tuve que hacer con Norfolk no fue nada favorable para la ciudad de América del Sur. En efecto, Cartagena presenta el aspecto lúgubre de un claustro; largas galerías, columnas bajas y toscas, calles estrechas y sombrías por razón del saliente de los tejados que suprimen la mitad de la luz; la mayor parte de las habitaciones están sucias, llenas de humo, tienen un aspecto mísero, y cobijan seres que están más sucios, más negros y más miserables aún: tal es el aspecto que ofrece a primera vista esta ciudad, bautizada con el nombre de la rival de Roma. Sin embargo, cuando se entra en las casas se advierte que su construcción, al principio un poco extraña, está bien entendida, porque uno se da cuenta de que están dispuestas para luchar contra el calor. Los cuartos son unos inmensos vestíbulos en los que se aspiraría con gusto el aire que entra por desgracia con poca frecuencia, si no estuviese uno devorado por las

picaduras de mil insectos, que son menos molestos que los murciélagos, cuyo número es infinito y cuya mordedura es, según dicen, en extremo peligrosa.

Una mesa, media docena de sillas de madera, un catre, una jarra y dos candeleros constituyen de ordinario el ajuar de uno de esos caserones de paredes de ladrillo y techados con tejas. Los dos sitios que sufrió Cartagena no han arruinado a la mayor parte de las familias.

Hay en Cartagena dos conventos de frailes y otros dos de monjas; aquellos con veinticinco frailes y estos con treinta monjas. Hay también dos hospitales.

Cartagena es una plaza muy fuerte y muy extendida; se necesitarían por lo menos 9.000 hombres para guarnecer todos los puntos de la ciudad; son notables los inmensos aljibes que hay en el interior de sus murallas, y su agua es excelente. Cartagena, es pues, más plaza fuerte que puerto comercial; y dejará de serlo del todo el día en que no sea más que una factoría de Panamá.

Situada a doscientas leguas del Ecuador, la temperatura es abrasadora y el clima malsano; la fiebre amarilla causa frecuentes estragos. Su población, que es de 18.000 habitantes, se compone casi toda ella de hombres de color, en su mayor parte marineros y pescadores. Hay algunos que tienen tiendas de mercería o de comestibles; otros ejercen oficios útiles; industrias incipientes que para que prosperen no necesitan más que un poco de estímulo y de competencia. Trabajan muy bien la concha; son excelentes joyeros, buenos carpinteros, magníficos zapateros, sastres regulares, mediocres ebanistas, herreros más bien que cerrajeros, albañiles carentes de ideas de proporción, malos pintores; son aficionadísimos a la música.

Los peligros del mar, industria con frecuencia elogiada y casi siempre bien pagada, han desarrollado en esa gente de color un orgullo que a veces resulta molesto. Su vehemencia y su petulancia contrastan con la indolencia y con el buen carácter de los hombres que llaman blancos, de modo que, a pesar de su pereza, parecen activos y laboriosos. Son también los que se dedican al contrabando; lo hacen con tan poco recato, constituye una afrenta para los funcionarios encargados de reprimir ese desorden.

Las mujeres de color, hijas de negras y de blancos, son altas y tienen un aspecto mucho más agradable que el de nuestras mulatas de las Antillas, que por lo general son demasiado gruesas. Cuando son hijas de indias y de negros, tienen facciones más delicadas y más expresión en la fisonomía. Si por una parte las razas en los trópicos se debilitan a medida que se van haciendo más blancas, por otra se embellecen; esta es la razón por la cual las mulatas son inferiores en belleza a las mujeres blancas, y desmerecen desde este punto de vista cuando se las mira juntas. Esto sucede con frecuencia en los países españoles donde no hay en las iglesias puestos reservados para unas y para otras, como en los Estados Unidos. En los países españoles todos rezan, juntos, a Dios, cualquiera que sea el color de la piel, y el pueblo no tardaría en sublevarse si las autoridades pusieran a la puerta de las iglesias un aviso que dijera. *To day instruction for the men of colour.* (Hoy, doctrina para las personas de color).

Durante mi estancia en Cartagena, las tribus indígenas que habitan en las inmediaciones de esta ciudad, provocaron a la vez alegría y espanto. Algunos indios del Darién, al venir a la ciudad para someterse a la soberanía de la República y pedir algunos presentes, causaron gran satisfacción a las autoridades, pero el triunfo fue amargado por la noticia de la toma de Santa Marta por los indios de la Ciénaga. Este movimiento insurreccional se consideró lo bastante importante para que se declarara Cartagena en estado de sitio por espacio de cuarenta días. El 1º de febrero me dispuse a emprender el viaje a Santa Fé de Bogotá. Los temores que la proximidad de Morales, dueño a la sazón de Maracaibo, inspiraba en todas partes, me impidieron ponerme en camino antes. Tan pronto como me convencí de que el general español no se aproximaba al río Magdalena, me dirigí al intendente para conseguir caballos. Este funcionario envió gente a todas partes para obtenerlos. Pero como el ejército de Montilla, jefe de los patriotas, remontaba a su tropa, los campesinos habían ocultado sus caballerías en los bosques para sustraerlas a las requisas. Por fin se pudieron encontrar unas cuantas, y a pesar de las quejas, bastante fundadas, de los dueños, las trajeron rendidas de cansancio y medio muertas, de hambre y sed. Mientras que, confiando demasiado en los cuidados de mi mozo de mulas, me ocupaba yo en los preparativos del viaje, aquel se limitó a atar los caballos en el patio sin darles ni una brazada de hierba durante los tres días que duraron aquellos; y como me puse en camino sin enterarme de ello, tuve una serie de dificultades, pues los pobres animales a cada paso caían de inanición en el camino.

Hacia muchísimo calor, caminábamos penosamente a través de los bosques, cuando oí que detrás alguien me gritaba en francés: Caballero: ¿a dónde va usted? La pregunta y el idioma en que se hacía me hicieron volver la cabeza; vi un joven que apresuraba el paso de su caballo para alcanzarme. Después de haber contestado a su pregunta, se anticipó a las mías diciéndome que era oriundo de Saint-Etienne en Forest, que era armero de oficio y había venido a Colombia con la esperanza de hacer fortuna, pero que se había equivocado de medio a medio. Luego de haberme dado sobre su persona otros detalles, me propuso acompañarme; acepté de buen grado su ofrecimiento y no tuve que arrepentirme, pues viendo lo mucho que me daban que hacer mis caballos, me fue utilísimo, bien ayudando en su tarea el mulero, o arreando con su caballo a los míos que se quedaban rezagados. Pasamos por Ternera, y, hablando de los latrocinios que los desertores acababan de cometer en este mismo camino, llegamos sin mayor tropiezo, y muy cansados de esta primera jornada, a Turbaco.

La carta de recomendación que para todos los alcaldes me diera en Cartagena el intendente, me valió una buena acogida en Turbaco: el alcalde me alojó en casa de una persona de las principales del pueblo: era un pintor, título que se dan los pintores de brocha gorda de la región; mi huésped estuvo de lo más amable que darse pueda.

Siguiendo la costumbre de los hispanoamericanos cuando viajan, me había provisto de un caldero, de una sartén y de todos los demás utensilios y provisiones que no se encuentran por estos caminos; llevaba además

una de esas camas que hay en España, que son muy cómodas porque se pueden guardar en un baúl, que se carga con facilidad en una mula. De manera que en realidad causé poca incomodidad a mi huésped; se puso mi cama en una de las mejores habitaciones de la casa. Por la noche sentí mucho frío, prueba evidente de que este lugar ha de ser muy sano para los europeos, que para evitar el clima de Cartagena podrían venir a Turbaco y esperar aquí a que los buques estuviesen a punto de zarpar. Turbaco dista solo seis leguas de Cartagena, circunstancia que hace que la estancia en este pueblo sea doblemente agradable por la facilidad que ofrece de poder volver en seguida al centro de los negocios.
